

X semana del Tiempo Ordinario (Año Par)

Miércoles

Mt 5, 17-19

No he venido a abolir la ley, sino a darle plenitud. La página evangélica de hoy nos habla del cumplimiento de la ley por parte de Cristo. Él afirma que no ha venido a abolir la ley antigua, sino a darle plenitud. Con el envío del Espíritu Santo, grabará la ley en el corazón de los creyentes, es decir, en el lugar de las opciones personales y responsables. Con ese espíritu se podrá aceptar la ley no como orden externa, sino como opción interior. La ley promulgada por Cristo es, por tanto, una ley de "santidad" (cf. Mt 5, 48), es la ley suprema del amor (cf. Jn 15, 9-12).

La Veritatis splendor 15, 2 afirma que Jesús lleva a cumplimiento los mandamientos de Dios, "en particular el mandamiento del amor al prójimo", interiorizando y radicalizando sus exigencias: el amor al prójimo brota de un corazón que ama y que, precisamente porque ama, está dispuesto a vivir las mayores exigencias.

Jesús muestra que los mandamientos no deben ser entendidos como un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor (cf. Col 3, 14).

Así, el mandamiento "No matarás", se transforma en la llamada a un amor solícito que tutela e impulsa la vida del prójimo; el precepto que prohíbe el adulterio, se convierte en la invitación a una mirada pura, capaz de respetar el significado esponsal del cuerpo: "Han oído que se dijo a los antepasados: No matarás; y aquel que mate será reo ante el tribunal. Pues yo les digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal... Han oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pues yo les digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón» (Mt 5, 21-22. 27-28).

Jesús mismo es el "cumplimiento" vivo de la Ley, ya que él realiza su auténtico significado con el don total de sí mismo; él mismo se hace Ley viviente y personal, que invita a su seguimiento, da, mediante el Espíritu, la gracia de compartir su misma vida y su amor, e infunde la fuerza para dar testimonio del amor en las decisiones y en las obras (cf. Jn 13, 34-35).

Y en el 18 3, dice que "Los mandamientos (...) están al servicio de una única e indivisible caridad, que espontáneamente tiende a la perfección, cuya medida es Dios mismo: "Ustedes, pues, sean perfectos como es perfecto su Padre celestial" (Mt 5, 48). En el evangelio de Lucas, Jesús precisa aún más el sentido de esta perfección: "Sean misericordiosos, como su Padre es misericordioso" (Lc 6, 36).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)